

Covid-19, oportunidad para el compromiso, la solidaridad y la esperanza

Alicia Ponte-Sucre
Facultad de Medicina, Universidad Central de Venezuela
Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales
aiponte@gmail.com

Dedicado al personal de salud venezolano.
Gracias por su entrega en estas terribles circunstancias.

Atravesamos una época que, como mínimo, podemos calificar como retadora: la pandemia de la Covid-19 y la cuarentena y el aislamiento social como la mejor herramienta para salvaguardarnos de la infección por el SARS-CoV-2. Afirmábamos hace unos dos meses ⁽¹⁾ que “cada vida es una historia de supervivencia, de experiencias extremas resueltas con gran sabiduría, a cada instante; a pesar de la incertidumbre, sobrevivimos, y triunfamos”. Hablábamos de incertidumbre, perplejidad, riesgo, conceptos que nos enfrentan a lo desconocido, ahora sumado al reto de -a cada instante- la contingencia de ser infectados por el virus. Tiempos raros de adversidad compartida, donde el espacio del silencio es ensordecedor y nos obliga a reflexionar y buscar dentro de cada quien el bálsamo para la angustia que vivimos.

Nos enfrentamos a la necesidad de encontrar respuestas a preguntas recurrentes y más en tiempos de pandemia: ¿Cómo humanizar lo indomable a través del amor y la confianza? ¿Cómo usar la imaginación como salvavidas ante la adversidad y la soledad? ¿Cómo representar las inquietudes de la sociedad de nuestro tiempo? Las respuestas a estas preguntas son complejas. El intangible que aflora con mayor frecuencia es ¿Cómo resaltar las características que nos permiten vivir en armonía, respetando y tomando en cuenta al otro, recordándonos que somos parte de un todo y de un devenir, principio y fin? ¿Cómo hacemos en estas circunstancias para conocer a las personas, acompañarlas en sus dolores, urgencias y alegrías..., sin exponernos demasiado?

Ayer, por primera vez desde el comienzo de la cuarentena caminé por las calles, mis calles caraqueñas, a solas; rodeada de rostros cansados, borrosos, sin esperanza, entregados. Esta pandemia es una historia de gente sola, de ausencias y de pérdidas; más aún en nuestra herida Venezuela llena de carencias cuyas secuelas, aún sin la pandemia son insondables.

Una multitud en soledad signada por el riesgo. El personal de salud y el personal de apoyo en hospitales y diversos espacios de cuidado de personas; los pacientes enfermos con la Covid-19 y los pacientes enfermos de otras dolencias, vulnerables a la Covid-19; los familiares de los pacientes en su tristeza por la posibilidad de perder a un ser querido; los ciudadanos que se cuidan para no ser infectados y los ciudadanos que no entienden el riesgo que corren y no se cuidan; los trabajadores con obligación de laborar para que los bienes esenciales no falten y los trabajadores que viven del día a día y que deben salir a ganarse el pan; los desempleados en su angustia de cómo cubrir las necesidades básicas para ellos y sus familias; los ancianos, población de riesgo que necesita cuidados y cariños especiales; los niños que no tienen la capacidad de comprender por qué su rutina escolar y su vida social está tan alterada; en fin, la población mundial.

Tomás Straka ⁽²⁾ mencionaba recientemente que “Lo que una epidemia significa en la vida, el sufrimiento, los temores concretos de las personas, lo podemos ver en el conjunto de testimonios que forman *Casas muertas* (1955), de Miguel Otero Silva.” Y proseguía más adelante “Sin embargo, como las personas afectadas por un trauma, las sociedades deben también aprender a recordar sus miedos. No para atarse a ellos, sino para dejarlos atrás con pasos más conscientes, más seguros”. Porque la memoria es una obligación moral en honor a las vidas perdidas por la Covid-19 ⁽³⁾. Necesitamos encontrar la forma de recordar este cataclismo como promesa a las generaciones futuras; el compromiso de encontrar la forma de lograr una sociedad fortalecida para la próxima pandemia, porque las pandemias son el riesgo número uno de la sociedad del siglo XXI ⁽⁴⁾.

Y hablamos de compromiso (según el DRAE, obligación contraída, palabra dada, fe empeñada), concepto que parece ser clave en las circunstancias que vivimos. El virus nos infecta a todos. Todos estamos en riesgo, independientemente de quiénes somos, dónde vivimos y qué hacemos. Incluyendo al personal de salud y al personal de apoyo que labora con ancianos, pacientes y enfermos de esta y otras dolencias. El personal de salud y de apoyo está continuamente lidiando con la incertidumbre. Su labor, observar y tasar las opciones que se les presentan, considerar las expectativas que tienen y debatir las diferencias para tomar decisiones. Siempre con la obligación de elegir entre dos o más acciones con base en rasgos, imperceptibles para otros, que los pacientes les presentan. Como grupo humano sobrellevan el peso de los pacientes infectados y que pueden morir, de los ancianos vulnerables, de aquellos con enfermedades crónicas -también vulnerables-, de

sus seres queridos, de ellos mismos. Su trabajo los expone en demasía a la presencia del virus, sus probabilidades de enfermar son altas. Impresiona cómo incluso en estas circunstancias, el personal de salud y el personal de apoyo reaccionan de forma tan positiva, aman su labor. Están comprometidos con su trabajo, con la confianza de que su profesionalidad es primordial para seguir adelante. Llevan a los pacientes en el corazón, a pesar de la terrible sensación de que demasiados han fallecido, incluyendo muchos miembros del personal de salud y de apoyo. En este contexto tan adverso ejercen la solidaridad. Sería maravilloso que, a raíz de estas nefastas circunstancias de la pandemia, ella, la solidaridad, se quedara con nosotros y nos acompañara siempre ⁽⁵⁾.

Solidaridad viene de solidario, y se define como la actitud de adhesión circunstancial a la causa de otros. Hace pocas semanas Julio Castro mencionaba que ⁽⁶⁾ “Ante las pocas herramientas farmacológicas, y teniendo como casi única arma el aislamiento, la cuarentena o el distanciamiento, frente a esta amenaza, solo la solidaridad de la especie humana nos hará pasar este tránsito de modo menos doloroso”. Y quiero enfatizar aquí una de las aristas de esa solidaridad que no debe abandonarnos. El miedo a morir solo. Un miedo universal. Un hecho del cual cualquiera que esté cuidando a un enfermo crítico está consciente.

Usualmente, el personal de salud y sus colaboradores hacen lo imposible por entregarle a esa persona que está cercana a morir un poquito más de tiempo, para ella y sus familiares. Ese ser humano necesita la compañía de sus seres queridos en un ambiente lleno de cariño, gratitud y paz, para que esa despedida lo ayude a conseguir un buen morir. Pero la pandemia es cruel. En el caso de la Covid-19 la situación adquiere un gran dramatismo. Ocurre a cada momento que esta vez no es posible dejar entrar al familiar a despedirse de su paciente. Sucede en la puerta de la terapia intensiva, en la llamada por teléfono, frente al hospital; las familias imploran ver a sus familiares antes de que fallezcan. Esta es una solicitud sencilla, incluso usualmente se promueve esa despedida, ese cierre de círculos. Hoy día constituye un reto ético, multifacético.

Múltiples consideraciones pasan por la cabeza del personal de salud: Puede ser que el familiar que estaba a cargo del enfermo haya estado con él suficiente tiempo para estar contagiado. Hay poco equipo de protección para el personal y no es posible “gastarlo” en un paciente, este es un recurso muy escaso. Si los miembros de la familia no están infectados, una visita a un espacio lleno de pacientes con la Covid-19 es un riesgo adicional que no se debe correr. A lo largo de la geografía mundial el personal de salud ha visto más muertes y

más situaciones dolorosas que en el resto de sus vidas profesionales. Están sujetos a una disyuntiva descomunal: cómo mantener la compasión y el sentido de protección de los derechos de los pacientes y sus familiares -incólumes- en medio de esta pandemia y a la vez salvaguardar recursos e incluso más vidas. Cómo buscar soluciones creativas que permitan que haya alguna conexión entre pacientes y familiares, manteniendo sanos a todos los que se pueda ⁽⁷⁾.

Es como si la fantasía se hubiera escapado de nuestras manos como la arena de la playa de nuestros dedos. Como si nuestras fronteras personales y sociales hubieran crecido hasta hacerse inalcanzables. Pero a la quimera debemos conquistarla. Abrazarnos a ella en el deber que tenemos de recordar esta pandemia y su mayor consecuencia: el número de vidas perdidas es simplemente demasiado grande para olvidarlo. Estamos obligados a conectarnos al conocimiento en un esfuerzo de coleccionar información que nos permita trazar con esperanza estrategias para prepararnos para la próxima vez ⁽³⁾.

Y llegamos a la esperanza, aquél estado de ánimo donde lo que esperamos se nos presenta como posible, con la confianza de lograr algo, o de que se haga realidad lo que se desea. Los momentos de cuarentena han sido transcendentales para la reflexión sobre esta crisis, en la cual las coordenadas básicas de millones de personas se han desmoronado. El virus es el espejo en el cual la sociedad en que vivimos se refleja. Una sociedad de supervivencia con un inmenso miedo a la muerte. Sobrevivir parece ser sinónimo de un estado de guerra permanente; empleamos todas nuestras fuerzas para mantener la vida. Peor aún, estamos en riesgo de perder el buen sentido de la vida y el placer en aras de la salud y la prolongación de la vida ⁽⁸⁾.

El que está al lado puede transmitirnos el virus y hay que mantenerse a distancia. Por ejemplo, el personal de salud, ese a quien tanto admiramos, podría estar contagiado. Una reacción de pánico nos asalta e instintivamente pensamos que habría que alejarse de ellos. La histeria de la supervivencia. En nuestro desespero se nos olvida que su capacidad de entrega ha sido crucial para el manejo diario de la pandemia a expensas de su salud física y emocional, e incluso de sus vidas, a veces en condiciones muy precarias, entregados a sus pacientes por encima de todo. Su acción constante durante todos estos largos meses, ha sido fundamental para que en este momento tengamos algo de esperanza, esperanza de lograr salir airosos -o lo mejor posible- de esta situación tan retardadora.

Tenemos la obligación de cuidarnos para lograr el cese de la cuarentena, para estar presentes cuando ocurra. Y que la esperanza cristalice en una sociedad en la cual cada quien asuma su compromiso y responsabilidad por lograr consolidar un objetivo común: La Humanidad y su bienestar. La epidemia ofrece una oportunidad para que la ciencia nos guíe de la mano de nuestro personal de salud valiente y presente y alcancemos la convivencia en las mejores condiciones de tolerancia, aceptación y paz y así obtener la adecuada comunicación que como seres humanos necesitamos ⁽⁹⁾.

Finalizo con unas palabras de Orhan Pamuk ⁽¹⁰⁾ que se explican por si solas: “Si queremos que de esta pandemia surja un mundo mejor tendremos que adoptar esta humildad y solidaridad engendradas por las horas sombrías que atravesamos.”

Agradecimiento: a María Cristina Di Prisco por la lectura crítica de este resumen y sus acertados comentarios.

Bibliografía Consultada

1. Ponte Sucre A. 2020. COVID-19, perplejidad, incertidumbre, acción... Objetivos de Sustentabilidad. Comunicación Personal
2. Straka T. 2020. Coronavirus y pandemia e historia https://prodavinci.com/autores_pd/tomas-straka/ Consultado el 7 de abril de 2020.
3. Pūras D, Bueno de Mesquita J, Cabal L, Maleche A, Mason Meier B. 2020. The right to health must guide responses to COVID-19. The Lancet. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)31255-1](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)31255-1)
4. Horton R. 2020. Offline: COVID-19 and the ethics of memory. The Lancet, 395 June 6.
5. McCartney M. 2020. The art of Medicine: before COVID-19, and after. The Lancet, 395 April 18.
6. Castro J. 2020. COVID19 La enfermedad y la soledad. https://prodavinci.com/autores_pd/julio-castro/ Consultado el 13 de abril de 2020
7. Wakam GK, Montgomery JR, Biesterveld BE, Brown CS. 2020. Not Dying Alone — Modern Compassionate Care in the Covid-19 Pandemic. N Eng J Med 382;24
8. Byung Chul Han. 2020. Filósofo surcoreano tendencia por sus definiciones frente al Covid-19 <https://www.mdzol.com/mundo/2020/5/17/un-filosofo-surcoreano-es-ten...1>
9. Horton R. 2020. Offline: After COVID-19—is an “alternate society” possible? The Lancet 395 May 30.
10. Rumor G. 2020. Orhan Pamuk Un premio nobel turco sobre el Covid-19 <https://tuplanetavital.org/pamuk>